

2.- TRIBUNA ABIERTA IBEROAMERICANA.

IBEROAMÉRICA: NUEVOS LIDERAZGOS PARA ANTIGUOS PROBLEMAS

D. José Antonio Martínez de Villarreal,
Embajador Director de la Escuela Diplomática,
Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación

Tras la victoria de Ayacucho en 1824, los libertadores criollos, herederos de la clase dirigente hispana, comenzaron a construir las nuevas naciones segregando los vastos territorios de los Virreinos. En su lógico afán por romper con el inmediato pasado, los próceres de la independencia y sus sucesores pretendieron, en cierta forma, aunar el liberalismo con el mundo precolombino, pero conservando de hecho el orden legado por sus mayores. Del fracaso de este contradictorio empeño, en alguna medida todavía vigente, derivan la dual realidad socio-económica de Iberoamérica y el núcleo de sus mitologías políticas.

La evolución de los acontecimientos desde entonces, demuestra que el ideario de libertad e igualdad que inspiró al movimiento emancipador, no fue capaz de transformar las sociedades gestadas durante el dominio español, por lo que podría decirse que los proyectos políticos en las distintas repúblicas se han caracterizado por estar sometidos a una continua tensión entre la retórica nacionalista del culto al mundo arcaico y a las gestas heroicas y una esquiva modernidad. Desde una postura frecuentemente victimista y escasamente autocrítica, la antítesis revolución-contrarrevolución, ha sido la “última ratio” en la búsqueda incesante de fórmulas de gobierno capaces de resolver las contradicciones de países marcados por hondas fracturas étnicas, culturales, económicas e ideológicas.

Lamentablemente, si algo ha definido a las naciones latinoamericanas durante estos dos siglos largos de independencia, ello ha sido su incapacidad de incorporar como ciudadanos a amplios sectores de la población. Este persistente fracaso ha dado lugar a una serie de experimentos políticos y convulsiones sociales, en pos de la refundación de las repúblicas sobre bases más voluntaristas que racionales. Los populismos indigenistas o burgueses, los regímenes autoritarios de derecha o de izquierda, la zigzagueante trayectoria en el desarrollo económico, el escaso respeto a la división de poderes y la intervención foránea, han alumbrado democracias de baja

calidad y un exceso de liderazgos extremos, mas cercanos al caudillismo que a la figura del estadista. Pocos son los países que han avanzado en un proceso acumulativo de fortalecimiento de las instituciones, progreso económico y justicia social. Menos aún los que han logrado, además, ciertas cotas de eficiencia técnica y democracias razonablemente inclusivas.

En 2010 comienza el ciclo de bicentenarios de las independencias de estas repúblicas y con ese horizonte es bueno reflexionar sobre lo que hoy está sucediendo en Iberoamérica y de qué manera se están intentando resolver los antiguos problemas desde los actuales liderazgos.

Basta con echar un vistazo a la región para descubrir una notable variedad de regímenes políticos operando al impulso del fuerte presidencialismo común. Pasada ya la época del conflicto este-oeste qué tan honda huella dejó en América Latina y el Caribe, en forma de conflictos armados, revoluciones, golpes militares y toda clase de violencia política, el siglo XXI llega en circunstancias particularmente favorables para la zona: notable crecimiento económico y amplio predominio de regímenes formalmente democráticos. Sin embargo, junto a esta coyuntura positiva, persisten viejos problemas y carencias crónicas que devalúan el cuadro general. Por citar algunos de los males que todavía aquejan a la mayoría de los países, recordemos la injusta distribución de la riqueza, el narcotráfico y la delincuencia común, la corrupción estructural, el descrédito de las clases políticas, la debilidad de las instituciones y la falta de integración física, económica, energética y política.

Para encarar estas fragilidades, nuevos rostros de viejas rémoras, podemos detectar diferentes proyectos ideológicos, ninguno de los cuales es particularmente novedoso. Por simplificar, cabría dividir a los actuales líderes latinoamericanos entre los que abogan por el predominio de lo público y los que son partidarios de la reducción del Estado: neopopulismo socializante frente a liberal-capitalismo rampante. Estas visiones extremas aparecen matizadas en la realidad por ingredientes paleomarxistas, socialdemócratas, tecnocráticos o indigenistas, según los casos.

Aparte de Cuba, inmersa aún en el “pre-postcastrismo”, la gran mayoría de las repúblicas se han agrupado en torno a sendos liderazgos, que son el correlato de esta

división ideológica. Estos liderazgos, nuevos por quienes los encarnan pero quizás no tanto por lo que representan, están personificados por Hugo Chávez e Ignacio Lula da Silva. Detrás del primero figurarían, además de Venezuela, Nicaragua, El Salvador, Ecuador, Bolivia, Paraguay y, a su manera, Argentina. Con el primero, además de Brasil, se alinearían México, Costa Rica, Colombia, Perú, Chile y Uruguay.

Insisto en que éstos supuestos ejes no dejan de ser una simplificación, pues analizados uno por uno, cada país ha entrado en el siglo XXI con su propio pasado a cuestas. La heterogeneidad es uno de los rasgos de una región en la que las diferencias, territoriales, demográficas, económicas e institucionales son muy grandes. Ahora bien, la adscripción a uno u otro grupo, que en ningún caso implica alianzas formales y estables, puede resultar útil para identificar las ideas políticas que se esgrimen o privilegian para el logro de objetivos por todos compartidos: desarrollo económico con equidad, profundización en la democracia eficiente y, juntos o por separado, mayor proyección e influencia internacionales.

En Chávez y en Lula, personalidades asimilables a la nebulosa “izquierda progresista latinoamericana”, hay un claro deseo de protagonismo y una pugna mas o menos soterrada por la preponderancia continental. Sin embargo, es en esta vaga ubicación ideológica y en el afán de influencia, donde acaban sus similitudes. En efecto, las diferencias entre ambos presidentes son importantes: Chávez es fundamentalmente un caudillo militar de estirpe populista sentado sobre un océano de hidrocarburos y Lula es un sindicalista cercano a la socialdemocracia que rige un inmenso territorio pródigo en riquezas naturales y capital humano. El primero asimila muchas veces influencia a ingerencia, mientras que el segundo representa una elegante pero indisimulada voluntad hegemónica. Venezuela ha sido y es un “petroestado” de escasa eficiencia, Brasil es una potencia emergente cada vez mas competitiva a nivel mundial. Para Chávez el desarrollo de América Latina debe construirse contra los Estados Unidos y los países occidentales, mientras que para Lula la región debe prosperar con el mundo occidental, norteamericano y europeo, como socio. Desde Caracas se alienta y se propaga una revolución “bolivariana” confrontacional, desde Brasilia se aspira a ganar interlocución política mediante una cultura democrática compartida. Frente al estatismo confeso y la deriva autoritaria, la economía social de mercado y el respeto a la democracia.

Desde estos presupuestos ideológicos, ¿qué grupo de países está en mejores condiciones para resolver los problemas históricos de sus pueblos?, ¿cuál es el futuro inmediato de éstos fuertes liderazgos y de lo que cada cual representa?. No parece conveniente dar respuestas categóricas a preguntas tan complejas. Entre otras cosas, porque los países en la órbita de éstos dirigentes, conservan su autonomía para diseñar políticas y manejar la economía desde sus necesidades y prioridades internas. Pero es que, además, sobre éstos alineamientos, se superponen rivalidades o alianzas históricas, pertenencia a uno u otro proceso de integración subregional y diplomacias con perfiles propios.

En un mundo globalizado y multipolar, Iberoamérica está muy por debajo de sus potencialidades. Escasamente influyente en la comunidad internacional, tecnológicamente rezagada y en perpetua búsqueda de una identidad y de un paradigma, sólo algunos países individualmente, por su peso como México o Brasil, o por su prestigio como Chile, tienen una proyección exterior significativa. Desgraciadamente, el resto solamente suelen ser noticia por catástrofes naturales, violencias varias o por las salidas de tono de sus mandatarios. Por ello, resultará decisivo para el futuro de la región que prevalezca la racionalidad sobre el mesianismo, pero, eso sí, siempre que aquella aborde de manera resuelta los graves problemas que alimentan a éste.

De ahí la responsabilidad de la Unión Europea, con España a la cabeza, y de la nueva Administración norteamericana, pues si quieren contribuir a la estabilidad y al desarrollo de lo que algunos llaman “el nuevo Occidente”, deberán, no sólo permanecer atentos a las señales procedentes de la zona, sino también comprometerse a consolidar aquellos liderazgos e iniciativas que apuestan por arrumbar “la excepción latinoamericana” y contribuir desde el respeto de un aliado, a potenciar las inmensas posibilidades y de estas naciones, muchas de las cuales, mas de dos siglos después de su independencia, todavía no han podido encontrar su lugar en el mundo.

José Antonio Martínez de Villarreal
**Embajador Director de la Escuela Diplomática,
Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación**

Mayo de 2009